

Voltaire y Unamuno

Don Quijote y San Ignacio de Loyola

1

QUIÉN no se siente desazonado leyendo a los comentaristas dogmáticos, serios y orondos del *Quijote*?

¿Pero quién no se siente envuelto en la suave caricia del más puro deleite espiritual, al saborear las páginas que Paul de Saint Victor o Miguel de Unamuno dedican al maravilloso romance?

Tal decía al comentar el último libro de Horacio Maldonado.

La *Vida de Don Quijote y Sancho*, en efecto, vale por toda la literatura cervantina.

Las cuatrocientas sesenta y ocho páginas de esa obra jugosa, sincera, honda, son un desquite de las necedades de los pedantes —¡ah Montaigne!— de los eruditos, atiborrados de ciencia, que como sabuesos se largan tras las palabras del manco, para cazarlas en su sentido íntimo, para interpretarlas, para saber lo que quieren decir, ya que lo que dicen es bien claro, como expresión de un pensamiento de clara simplicidad.

Unamuno, que es uno de los grandes ensayistas actuales, no en España, en el mundo, no pretende averiguar el sentido oculto del *Quijote*, apenas se propone decirnos—y lo dice de sin par manera—lo que ha pensado leyendo el *Quijote*.

Ganivet, que fué—diré con sus palabras—«uno de los pocos que pensaron en España», como el maestro salmantino lo es hoy, decía en su *Idearium español*:

«No existe en el arte español nada que sobrepuje al *Quijote*, y el *Quijote*, no sólo ha sido creado a la manera española, sino que es nuestra obra típica, la «obra» por antonomasia, porque Cervantes no se contentó con ser un «independiente», fué un conquistador, fue el más grande de todos los conquistadores, pues mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó a España misma, encerrado en una prisión. Cuando Cervantes comienza a idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso; pero fuera de él no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones; después coge esas ideas y las arrea, pudiera decirse, hacia adelante, como un arriero arrea sus boricos, animándoles con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el *Quijote*. Está escrito en prosa y es como esas raras

poesías de los místicos, en las que igual da comenzar a leer por el fin que por el principio, porque cada verso es una sensación pura y desligada, como una idea platónica».

He ahí el más admirable trasunto de esa «obra».

«El genio», para los antiguos, no está precisamente dentro del escritor, está por encima o por detrás, y es el que vivifica con su soplo y empuja y hace andar y hablar a los fantasmas—«divinas intuiciones»—que crea, para que encarnen sus pensamientos.

El escritor, que diremos genial, no es un sabio por los conocimientos que ha podido almacenar, catalogándolos en su entendimiento o en su memoria. La sabiduría no le viene de fuera, de los demás, le surge de muy adentro, y es hasta reacia a toda regla, a veces desordenada, manifestándose en «frases desaliñadas», con las que nada tiene que ver la gramática oficial. Da lo mismo leerles por el fin que por el principio, pues que la sustancia no está en el conjunto si no en cada una de sus partes, y cada palabra vale, no como sonido, sino como idea.

¡La erudición de Cervantes!

¿Qué estudió, dónde estudió, cómo estudió?

¡Toavía lo están discutiendo los doctos cervantistas!

Pero lo cierto es que lo más flojo, lo más artificial, lo que menos vale de su obra es lo que pudo haber aprendido en alguna parte, lo que le enseñaron los que nada podían enseñarle.

Lo suyo es lo grande.

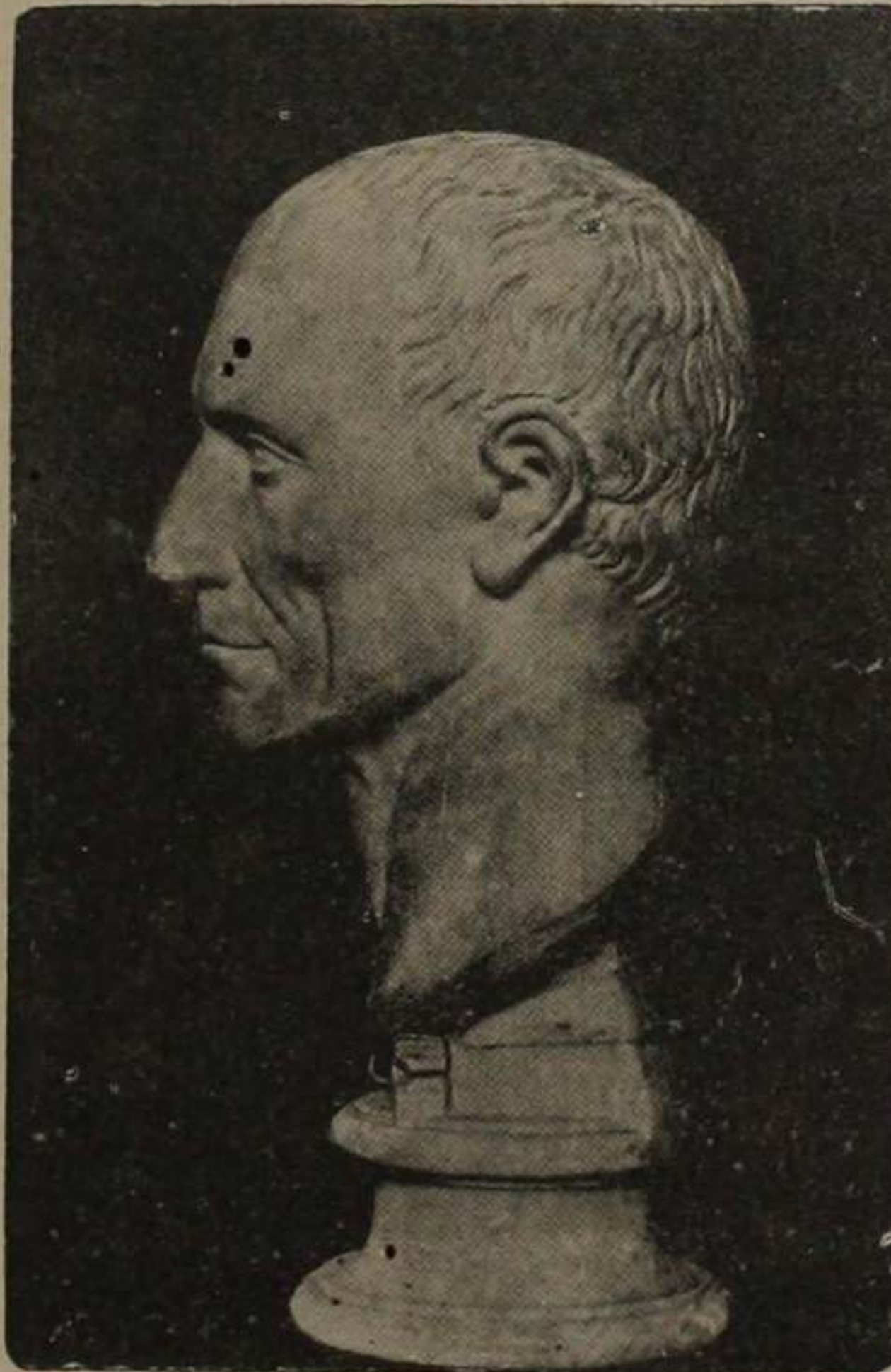
Y de eso no se ocupan sino los que, como Unamuno, tienen algo suyo dentro de sí, y lo dan, sin darse cuenta, con la inconciencia con que hombres de su estirpe ponen en lo que escriben, al escribir, el zumo de su pensamiento.

He aquí el secreto de la originalidad del libro del vasco formidable.

Alma gemela de la de Ganivet, al leer el *Quijote* fija en sus páginas las largas resonancias que las palabras de Cervantes dejan en su espíritu, escribiendo así, sin que se propusiera hacerlo, una como continuación del *Idearium español*. No estudia, en realidad, el *Quijote*, al pasar revista a cada uno de sus capítulos, estudia el alma española, ahonda en sus profundidades, la contempla en todas sus manifestaciones.

Su *Vida de Don Quijote y Sancho*, no es la obra de un crítico, y menos la de un erudito. Es tal vez la de un sabio, o, mejor, la de un filósofo.

Ved lo que nos dice después de leer el capítulo XLV:



Busto de JULIO CÉSAR

Museo Británico
(Galería Romana)

Anda en Europa nuestro amigo y colaborador Cornelio Hispano. De Londres, con fecha de julio 23, nos manda una tarjeta. En el anverso, el busto de Julio César y en el reverso, estas palabras:

A García Monge:

En recuerdo de los deliciosos días vividos en el Museo Británico, entre los mármoles griegos, despojos de Partenón.

HISPANO

En carta del mismo lugar y fecha, es más explícito:

«Estoy encantado en Londres, y a pesar de que me urge aprovechar el verano para ir a Bretaña, Suiza y Niza, prolongaré mi permanencia aquí por unos días más. El Museo Británico en la colección Elguí, es, naturalmente, lo que más ha absorbido mi atención y encantado el espíritu. Cuando pienso que todos esos mármoles se hubieran perdido para siempre, perdono a Elguí el destrozo que hizo del Partenón. Salvó las obras maestras de la escultura griega, pero, no cabe duda, fué un pirata».